

● ● ●
miscelánea



EL LIBRO ■ DE LOS ■ DESTINOS

ANNE WIAZEMSKI

■ TRADUCCIÓN DE ANA HERRERA ■



EL LIBRO
DE LOS
DESTINOS

ANNE WIAZEMSKY

EL LIBRO
DE LOS
DESTINOS

Traducción de
Ana Herrera

m...
miscelánea

Título original:
Un poignée de gens

Editions Gallimard, 1998

Primera edición: octubre de 2009

© de la traducción: Ana Herrera

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.
Marquès de l'Argentera, 17, Pral.
08003 Barcelona
www.miscelaneaeditores.com
info@miscelaneaeditores.com

Impreso por Brosmac, S. L.
Carretera Villaviciosa - Móstoles, km 1
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-937228-2-1
Depósito legal: M. 29.005-2009

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Para Pierre, mi hermano.

Vassili Vassiliev (Moscú)
a Marie Belgorodsky (París)

10 de febrero de 1994

Querida señora:

Perdóneme si le escribo aunque nunca nos hayan presentado y no nos conozcamos.

Soy un primo lejano y amigo de su tía abuela Nathalie Belgorodsky, que falleció en Estados Unidos hace ocho años. Ella estuvo casada con el príncipe Wladimir Belgorodsky, trágicamente asesinado en su propiedad de Baïgora el 15 de agosto de 1917. Aquel hombre admirable desde todos los puntos de vista era, se lo recuerdo, el hermano mayor de su abuelo Micha.

Desde el principio de su enfermedad, su tía abuela Nathalie me confió el diario (en Rusia llamamos a ese tipo de cuaderno de bitácora «libro de los destinos») que llevó su marido entre 1916 y 1917. Allí se describe la vida cotidiana de una propiedad y el auge del bolchevismo. Es un documento humano e histórico muy importante y desearía que usted lo conociera. ¡Su existencia es verdaderamente un milagro! Una empleada de su familia llamada Pacha lo salvó y después se lo devolvió a su tía abuela Nathalie antes de que ella emigrase con los abuelos de usted y sus hijos. Atravesar

Rusia en plena guerra civil para dirigirse a Crimea, ¡qué hazaña más increíble!

Nathalie Belgorodsky estaba muy unida a sus abuelos, que la ayudaron muchísimo tras la muerte de su marido. También era madrina de su padre, Pétia, aunque no llegó a conocer nunca a su esposa francesa (su madre) ni tampoco a usted misma. Creo que lo lamentaba. Pero ¿acaso no es el destino común de tantas familias de emigrantes verse así dispersos por los cuatro puntos cardinales?

Como estaré de paso en París el 11 y el 12 de marzo de 1994, me gustaría mucho reunirme con usted y hablarle más largamente del libro de los destinos. Si lo desea podemos quedar en el hotel del Panteón, donde pienso alojarme.

Quedo a su disposición.

Atentamente,

VASSILI VASSILIEV

Esta carta me ha llegado hace una semana y no entiendo nada de todo ese galimatías familiar. No conozco ni a su autor, Vassili Vassiliev, ni a mi supuesta tía abuela Nathalie, ni a su marido Wladimir. Sólo el nombre de Baïgora, quizá, me evoca vagamente algo.

Sin embargo esta carta va dirigida a mí, desde luego.

Me llamo Marie Belgorodsky, tengo cuarenta años y soy francesa. Debo mi nombre ruso a mi padre, nacido en San Petersburgo en junio de 1916. De él y su familia no sé casi nada. Emigraron en 1919 pensando, como muchos, que el régimen comunista no duraría, que los rojos serían expulsados y que volverían a su casa. «Nadie podía imaginar que se trataba de un exilio definitivo», es una frase común a muchos de ellos.

Mis abuelos, mi abuelo Pétia y su hermana Hélène, adquirieron la nacionalidad francesa poco antes de la Segunda Guerra Mundial. ¿Habían perdido ya toda esperanza de volver a ver su tierra natal? Sin duda. Lamento que no hayan vivido el tiempo suficiente para asistir a la caída del Muro de Berlín y a lo que siguió: el fin del régimen comunista. Lamento haberlos conocido

tan poco. Mis abuelos murieron cuando yo no tenía ni diez años, y mi padre cuando tenía quince. El dolor de perderlo fue tan grande que casi tuve que olvidarle para poder seguir viviendo.

Hoy en día sé que repetí lo que él mismo había tenido que hacer para sobrevivir. Cuando decidió hacerse francés, le dio la espalda no sólo a su país de origen, sino también a sus tradiciones y a sus recuerdos, y de ese modo se prohibió toda nostalgia. Su vida de hombre por construir le interesaba mucho más que su pasado, por muy rico y novelesco que fuese. Miraba hacia adelante, no hacia atrás. Murió demasiado joven para llegar a ese momento inevitable en que se siente la necesidad de volverse hacia el pasado y quizá transmitir algunas briznas de él.

Su hermana, sus primos y sus primas habrían podido tomar entonces una especie de relevo, pero no fue así. Vivían lejos: en España, en América, en Inglaterra, también bajo otras nacionalidades.

Cuando yo era niña, a veces les vi reunirse. Me parecían muy alegres y enérgicos. Hablaban muchos idiomas a la vez. Mi padre, cuando pasaba una velada en su compañía, se complacía de pronto evocando «los veranos en Baïgora», «los canales helados de Petrogrado» y «los baños de mar en Yalta», unos nombres y lugares que me hacían soñar. Aunque menos, sin embargo, que las historias de mi tía Héléne. Mi preferida era la del león.

Según ella, mi abuela Xénia huyó de Rusia con sus dos niños y su león favorito. Con pocas joyas y poco equipaje, ya que el tiempo apremiaba, pero con un león. Un león domesticado, sí, pero que tenía la costumbre de atacar a quien le daba la gana sin que nadie se lo impidiera. Pero ay, lo que era tolerado en la Rusia zarista ya no lo era en el barrio parisino donde mi abuela se refugió. Alertado por los vecinos, el alcalde en persona acudió a estudiar la situación. Pronto el león le saltó encima, y el veredicto fue inapelable. A pesar de las lágrimas y las súplicas de los

exiliados, se le ejecutó de un disparo de carabina. Fin trágico del león ruso.

Entre el silencio voluntario de mi padre y los relatos estrafalarios de la tía Hélène, ¿cómo abordar un principio de verdad? Mi padre pensaba que la educación de los niños era un asunto de mujeres. Prometía tomar el relevo cuando ya me aproximase a la edad adulta. Desgraciadamente, murió antes. ¿Qué me habría enseñado? Creo que me habría dibujado el horizonte y me habría animado a seguir adelante.

Es lo que he hecho. Mi propia vida me interesa mucho más que el pasado de mis dos familias, la francesa y lo que quedaba de la rusa. Entré en la edad adulta corriendo, aliviada por dejar la infancia, impaciente por conocer a otras gentes y otros lugares. Realizarse a través de un trabajo me parecía la única cosa verdaderamente seria.

Y después pasaron los años. De vez en cuando me encontraba a alguien que se asombraba de mi indiferencia. ¿Cómo podía no sentir curiosidad por mi «prestigiosa familia», «olvidar que mi padre era príncipe»? ¿Acaso no tenía deseos de conocer Rusia, la «tierra sagrada de mis antepasados»? Mi falta de nostalgia parecía en el mejor de los casos una pose; en el peor, estupidez o incluso incultura. Es cierto que yo no era de esos que se enternecen hojeando los álbumes de fotos de familia, ni hurgando en la terrible enfermedad de mi padre y su muerte a los cuarenta y seis años. La expresión «buscar las raíces» me exasperaba. Lo que yo quería era inventarlas en mi propio suelo. Mi trabajo serían mis raíces.

A veces, raramente, me daba por echar un vistazo a lo lejos, muy lejos, tras de mí.

Un día, un amigo me trajo un libro de Aragon titulado *Hurra por el Ural*. En uno de sus poemas, el autor maldecía al «cruel teniente Belgorodsky» e invocaba sobre él y sus descendientes toda

la ira de los cielos. La tía Hélène me había contado que mi abuelo, después de enviar a su familia al exilio, partió a unirse al Ejército Blanco, que se batió «hasta el último hombre, hasta el último aliento contra los rojos». ¡Que mi abuelo y su descendencia estuvieran malditos por Aragon me complació enormemente!

Otro día fue el sello que tenía de joven y que volví a ponerme en el dedo, donde lo llevo siempre y que contemplo con placer, no porque venga de mi familia rusa, sino porque lo encuentro muy bonito.

Después mi tía Hélène murió sin que hubiésemos tenido ocasión de restablecer nuestra relación.

Cuando yo tenía veinte años, ella no apreciaba la vida que yo había elegido, mi voluntad de ignorar mis orígenes. Nos fuimos separando sin pelearnos, recíprocamente. Pero ella no tenía hijos y me legó dos álbumes de fotos. Curiosamente, no los miré enseguida. Temía el recuerdo de un mundo olvidado, un enterrecimiento tardío y sentimental que no deseaba. Después, decidí hacerlo.

Rostros, casas y jardines surgían de página en página contándome una historia de la que ignoraba todo, empezando por la identidad de los protagonistas. Desde luego, identificaba a mi padre y a su hermana de niños, y a sus padres, cuya juventud y belleza me sorprendieron. Pero no sabía nada de la mayor parte de las personas que les rodeaban. Su nombre cuidadosamente escrito por la respetuosa mano de la tía Hélène no me ayudaba. Como tampoco lo hacían los lugares donde se encontraban: un palacio en Petrogrado, una propiedad con el nombre de Baïgora, otra en Yalta, en Crimea.

Pero me esperaba una enorme sorpresa.

En las fotos tomadas en Yalta en 1919, igual que en las que se habían hecho a bordo de un barco inglés en el cual había embarcado mi familia, y después en Malta, en Londres y finalmen-

te en París, mi abuelo figuraba en un lugar destacado. Los relatos de la tía Hélène relativos a su heroico alistamiento en el Ejército Blanco volvieron a mi memoria. Pero no había ninguna duda posible: emigró al mismo tiempo que los suyos, en abril de 1919. ¡Por tanto no era él el «cruel teniente Belgorodsky» maldito por Aragon!

Y entonces guardé los álbumes. Ese mundo desaparecido y reaparecido durante un momento era demasiado novelesco, no lo deseaba. Quizá si la tía Hélène, mientras vivía, me hubiese enseñado los álbumes, le habría hecho alguna pregunta. ¿Quizá? Seguramente. Pero ella había muerto, y con ella había desaparecido el último testigo.

¡Y de repente surge en mi vida actual, en 1994, un desconocido que dice ser primo mío y amigo de una tía por alianza de la que lo ignoro todo! Y que evoca un asesinato del que nadie me ha hablado jamás. Parece saber muchas cosas sobre mi familia. Pero ¿acaso un tío abuelo asesinado sería más creíble que el emocionante león de la tía Hélène? Por su carta, parece que ese hombre vendrá a París y se irá al día siguiente a Moscú. Espera que contacte con él. Y yo dudo si lo haré.

El hombre que se levanta cuando entro en el vestíbulo del modesto hotel junto al Panteón es de gran estatura, robusto. Su grueso abrigo de confección le hace más corpulento aún. En una mano estruja un gorro de piel, un *chapka*. Avanza hacia mí apoyándose en un bastón, con un maletín muy gastado bajo su brazo. Debe de rondar los setenta y cinco años, y se parece tanto a la idea que uno se haría de un ruso que no me cuesta nada identificarlo. Me tiende la mano.

—¡Marie Belgorodsky, desde luego! Soy Vassili Vassiliev. ¡Gracias por haber acudido a la invitación de un viejo desconocido y casi inválido! —Señala su pierna izquierda—. Aplaudí todos los días el fin del régimen comunista, pero todo cambio implica desórdenes. Mis compatriotas se han puesto a comprar coches y conducen de cualquier manera... Un coche de esos fue el que me atropelló. ¡No se puede imaginar lo peligroso que se ha vuelto cruzar una calle en Moscú! Afortunadamente, disponemos de muchos pasos subterráneos... ¡Los usamos esperando a que esos brutos aprendan a conducir!

Su francés es perfecto, ni siquiera las erres vibran. De repente

me coge por el brazo y allá vamos trotando hacia el bar. ¿Ha notado acaso que esa familiaridad me ha provocado cierta tensión? Me pregunto ya qué hago allí, una tarde de marzo de 1994, con ese desconocido. Por suerte, he tenido la prudencia de advertirle por teléfono de que sólo puedo dedicarle media hora. Lo recuerda.

—Que lástima que tenga una cena de trabajo, si no me haría muy feliz poder invitarla. No perdamos pues un tiempo precioso. ¿Champán?

No espera mi respuesta y pide dos copas a un camarero somnoliento y de mal humor. Aparte de nosotros tres no hay nadie más en ese siniestro barecito de hotel. Un reloj indica que son las 19.30. A las ocho me voy.

Nos traen las copas.

—¡Y unas olivas, patatas fritas y galletitas saladas! —reclama mi anfitrión—. ¡Ah, el champán francés! Bebamos por nuestro encuentro, Marie. Y ahora, dígame qué es lo que quiere saber, qué espera de mí.

Casi se me cae la copa de la estupefacción. La única respuesta posible sería: «Nada». Pero hago una mueca.

—No sé —mascullo, y añado—: Es usted quien se ha puesto en contacto conmigo.

—Exacto. Si yo estaba vagamente al corriente de su existencia por su tía abuela Nathalie Belgorodsky, usted no podía sino ignorar la mía. Habría debido empezar por presentarme. —Adopta un tono solemne que desmienten sus ojos maliciosos—. Soy historiador y hasta hace sólo dos años enseñaba esta materia en la Universidad de Moscú. Ahora que estoy jubilado puedo dedicarme a lo que me apasiona más, a mi *hobby*, como dicen los ingleses: los comienzos de la guerra civil rusa, y particularmente los años 1916 y 1917. Como ya le escribí, estuve muy unido a la princesa Nathalie Belgorodsky, que me dio a leer el diario de su tío abuelo. Su trágico asesinato fue el primero de

una larga serie, y en ese sentido es ejemplar. Ya sabe lo que pasó a continuación. Lenin volvió en octubre para iniciar la insurrección armada. En la noche del 25, el crucero *Aurora* dirigió sus cañones hacia el palacio de Invierno, donde se encontraba la sede del gobierno provisional de Kerensky, y lanzó la salva que desencadenó el asalto al palacio...

¡Ah, no, ese hombre sentado frente a mí, por muy benévolo que sea, no pretenderá contarme con todo detalle la historia de la Revolución Rusa! La angustia debe de leerse en mi rostro, ya que su voz se ablanda. Me contempla con amabilidad.

—Perdóneme —dice—. Me dejo llevar por mi pasión. ¡Todo esto no debe de interesarle nada!

—Conozco a grandes rasgos la Revolución Rusa, como todo el mundo —digo secamente. Y después, con un tono apenas algo más amable—: A quienes no conozco es a las personas de las que me habla.

—¿Nathalie y Adichka Belgorodsky?

Está aterrado. Un silencio entre nosotros. Una pareja de turistas americanos se instala a nuestro lado y pide unas cervezas. El reloj indica las 19.40.

—¿Su padre y sus abuelos no le hablaron de Adichka y de Nathalie Belgorodsky? ¿De Baïgora? ¿Del asesinato que se cometió el 15 de agosto de 1917?

—No.

Lo noto incrédulo. No tengo ganas de hablar de mí, de justificar o de explicar mi ignorancia en este terreno. Lo que mi padre me ha confiado o no es algo que no le concierne.

—¿Por qué ha contactado conmigo?

—Sí, ¿por qué? Su tía abuela Nathalie Belgorodsky aprobaba mis investigaciones acerca de los comienzos de la guerra civil. Cuando supo que su enfermedad no tenía remedio, me ofreció el diario de su marido Wladimir, al que todo el mundo llamaba

por su sobrenombre: Adichka. Ella no volvió a casarse nunca y tampoco tuvo hijos. Por tanto legó lo que poseía a los hijos y nietos de sus hermanas. Con excepción del libro de los destinos, que me reservó a mí. Llevó su amistad hasta el punto de sugerir hacerlo público, incluyéndolo en mi trabajo, algo que haré cuando termine mi investigación. ¿Ya le he dicho que cuento con ir a Baïgora en el mes de agosto? Quizá subsista algo de aquella propiedad modelo, un ejemplo perfecto de lo más moderno e innovador que podía encontrarse en la Rusia de la época... Sabemos que la propiedad fue saqueada y destruida. Pero ¿hasta qué punto? Baïgora se sitúa en la Rusia central, a ocho o diez horas en coche de Moscú... —Se inclina hacia mí con aires de conspirador—. Allí fue asesinado su tío abuelo el 15 de agosto de 1917, aunque no se sabe exactamente por quién. ¿Soldados amotinados? ¿Campesinos rebeldes? En mi afán de esclarecer toda esta historia, he escrito a los responsables de los archivos de las ciudades de Vorinka, Volossovo y Sorokinsk para reclamar artículos de la época e informes policiales. Acaban de enviarme la copia de uno de ellos. ¡Es abrumador! ¡Sus asesinos lo despedazaron! ¿Quiere que se lo traduzca? Aunque debería usted empezar por leer el libro de los destinos...

—He vivido cuarenta años ignorando la existencia de toda esa gente, y no significan nada para mí.

—Es una lástima, lo siento por usted, lo siento mucho. Mi querida Nathalie era una gran artista y una mujer excepcional. Ella conocía muy bien a sus abuelos Micha y Xénia, a su padre y a su hermana Héléne. Todos emigraron juntos y luego se separaron enseguida. Ella fue a Estados Unidos, los suyos a Francia, otros a Alemania y a Suiza. Pero Nathalie siguió hasta el final en contacto con su abuelo y los suyos. Tenía fotos de ellos en su casa, imágenes de la época feliz, en Baïgora... ¿Sabía usted que Nathalie era una gran pianista? ¡Sus interpretaciones de las so-

natas de Beethoven son magníficas! En América empiezan a reeditarse ahora. Igual que su interpretación del concierto número 2 de Rachmaninov y del concierto número 5 *Egipcio* de Saint-Saëns... ¡Qué vigor! Quizá tengamos pronto la integral de su obra...

Aturdiéndome con sus palabras, saca del viejo maletín de cuero un portafolios de papel delgado en el que hay escrito en letras mayúsculas: LIBRO DE LOS DESTINOS. Deja el portafolios sobre la mesa ante nosotros, en medio de las migas de las patatas y los huesos de las olivas.

—Es para usted, traducido por mí. Voy a integrar el *Libro de los destinos* en mi trabajo. Me ha parecido normal que usted tuviera una copia del texto original. He dirigido también otra a sus primos americanos. Y Nathalie quería mucho a su cuñado Micha, su abuelo. Ella aprobaría que le diera una copia del diario a su nieta francesa.

Cojo con súbita emoción el portafolios de papel.

—Voy a anular la cena. Hábleme un poco más de ellos.

De la iglesia quedaba el armazón y la cúpula. El incendio que en un primer momento la había devastado no era ya más que un recuerdo lejano. Los saqueos, las lluvias incesantes y las crecidas del río habían acabado la obra de destrucción. En la cripta donde subía el agua flotaban dos ataúdes. Alrededor de la iglesia se extendía hasta el infinito un paisaje helado, desértico y lunar. Bandadas de cornejas grandes y flacas daban vueltas por el cielo, hambrientas y chillonas. Si antaño había estado allí algún hombre, no existía ya rastro alguno de su paso sobre la tierra. Era como si Rusia no hubiese existido jamás en el mapa del mundo.

Nathalie tuvo la sensación de que había gritado en sueños y de que eso la había despertado. Se irritó. ¡Cuánta tontería por una pesadilla!

La luz de la luna entraba por las ventanas que se habían quedado abiertas de par en par e iluminaba aquella habitación donde dormía por primera vez. Distinguía los contornos de los muebles, de los cuadros, de los espejos; el busto de la joven en porcelana de Sèvres que Adichka, o más exactamente el prínci-

pe Wladimir Belgorodsky, le había ofrecido «porque se le parecía». Iba a casarse con él dos días más tarde. Él tenía treinta y un años, y ella apenas dieciocho. Lo que habría podido ser un matrimonio de conveniencia era un matrimonio de amor. Si no, ¿por qué habría aceptado ella con tanta facilidad abandonar la capital y marcharse tan lejos de los suyos, de sus amigos, hasta lo que parecía ser el fin del mundo?

Nathalie se levantó. Se acostumbraría a aquella inmensa hacienda. Se interesaría por la doma de los caballos de carreras, por las vacas suizas, «las más bellas de toda Rusia». Se ocuparía del colegio, del hospital que el abuelo de Adichka había hecho construir en sus tierras, y cuyo moderno equipo rivalizaba con el de los mejores hospitales de Moscú.

Un aire tibio, cargado de olores de glicina y de madreselva, la atrajo hasta el alféizar de la ventana principal. Ante ella, al oeste, se extendían el césped y los invernaderos, el parque y los prados, los campos de trigo y de avena y al fin, mucho más lejos, donde se perdía la vista, el bosque. ¿Era la única que permanecía despierta? ¿La única que disfrutaba de aquella quietud? Pensaba en los cientos de campesinos diseminados por la hacienda Belgorodsky; en su futura familia, que ocupaba casi todas las habitaciones de la casa solariega; en su madre y sus cuatro hermanos y hermanas pequeños, que reposaban a su lado. Todos dormían.

Pero hasta ella llegaba una intensa vida nocturna. Cientos de sapos y ranas alzaban su voz con una energía tan alegre, tan cómica, que ella se echó a reír sola, en la ventana. De vez en cuando se mezclaba con ellas una nota melodiosa y solitaria que la enternecía hasta las lágrimas: un ruiseñor anidaba en el tilo más cercano y cantaba para ella. Nathalie creyó captar entonces la misteriosa respiración de la hacienda. Ya sabía que jamás olvidaría aquella dulce noche de mayo de 1916 en Baïgora.

En la mesilla de noche, dentro de un marco de plata cincela-

da, la foto de Adichka Belgorodsky la contemplaba con confianza y seriedad. No sonreía, sino que posaba con los hombros echados hacia atrás, algo rígido. Pero lo que fascinaba más a Nathalie era su mirada, de una vivacidad y de una agudeza notables. Una mirada que la había seducido de inmediato. ¿Sería digna de Adichka Belgorodsky? ¿Sería lo bastante guapa, lo bastante inteligente? Su propio rostro, reflejado en el espejo, la inquietó al principio. A Nathalie le parecía extraño el contraste entre el dibujo firme de la nariz, los pómulos y el mentón y la perezosa dulzura de los ojos y la boca. «Un rostro con carácter», decían en su familia. Y al momento alababan sus cabellos castaños, muy espesos y largos, y de los cuales decían desde siempre: «Es lo mejor que tiene».

—Pero ¿bicicletas?

Nathalie insistía. Recorrer las alamedas del parque en bicicleta le parecía «divertido», «moderno», «francés». Adichka la escuchaba con una atención infatigable.

—Francesas —precisó Nathalie—. Unas Peugeot.

—Ya lo había entendido.

Sabía la importancia que ella concedía a todo lo que procedía de Francia, hasta el punto de haber afrancesado su nombre de pila añadiendo una «h». Al principio a él le había costado acostumbrarse, pero ahora encontraba natural llamarla Nathalie y no Natacha, ya que ella lo deseaba así. Incluso a sus ojos era un encanto más, y no una afectación, como pensaba su hermana Olga. Él le señaló los caballos que adiestraba el caballerizo en los prados. Describió su origen, las carreras a las que estaban destinados. Su modestia le impidió insistir en sus excepcionales cualidades, pero Nathalie ya lo había entendido: los caballos de Baïgora figuraban entre los más solicitados del mundo. Él le mostró uno en particular que se mantenía separado de los demás.

—Es *Oka*, un trotón de la raza indígena Orlov... ¡Ganó el derbi ruso hace dos años! Ahora está descansando...

Estaban los dos acodados en la barrera que cercaba la pradera. Adichka hablaba despacio, atento para hacerse entender por Nathalie sin tener que recurrir a la jerga profesional propia de los criadores. Nathalie escuchaba en silencio. Amaba su voz dulce y pausada. Le encantaba que él conociese tantas cosas y que quisiera transmitirle un poco de su sabiduría. A su contacto ella se volvería mejor, más inteligente. Era como si Adichka, con treinta y un años, hubiese vivido ya varias vidas.

Después de licenciarse brillantemente en la facultad de Derecho de la Universidad de Petrogrado, rápidamente fue nombrado secretario personal del primer ministro Piotr Stolypin. El asesinato de este último le había afectado profundamente. Poco tiempo después, el padre de Adichka murió, y tuvo que reemplazarle en la dirección de la hacienda. Fue elegido presidente de la administración regional. Desde el principio de la guerra con Alemania presidía también la comisión de movilización, un puesto difícil, impopular y peligroso en aquellos tiempos de disturbios sociales.

Como temía aburrirla con el entrenamiento de los caballos de carreras, él la arrastró hacia la iglesia donde, al día siguiente, se celebraría su boda. Iba andando junto a ella, respetando su ritmo, su forma de detenerse bruscamente ante un árbol cuyo nombre deseaba saber.

—¿Y esto? ¿También es un plátano?

—Es un roble. Al borde del prado, delante de la casa, verás otro, inmenso, muy viejo, que aquí respeta todo el mundo. Aunque nos demos las manos para rodear su tronco, entre los dos no podremos... —Vio la sonrisa burlona de ella y le asaltó una duda—. ¿Te estás riendo de mí?

La sonrisa de Nathalie se ensanchó.

—Sí, ¿qué te has creído? Sé distinguir un plátano de un ro-

ble... Pero de todos modos tenéis una gran variedad de árboles. No imaginaba que hubiera tantos. Jamás podré reconocerlos todos.

Adichka estuvo a punto de darle las gracias. Con los habituales tilos, olmos, hayas, álamos, plátanos, castaños, abedules, pinos y abetos, había mezclado cipreses, cedros del Líbano, alerces e incluso algunas palmeras y eucaliptus. Todo ello, además de diferentes especies de origen africano que crecían abrigadas en los invernaderos, y que él mismo supervisaba casi tan celosamente como el jardinero jefe. Al quejarse de la enorme variedad de árboles, Nathalie acababa de hacerle un bonito cumplido.

—Los árboles frutales te gustarán más, están llenos de flores.

—¡Toda la estepa está en flor! Por la ventana del tren sólo se veían flores. Un país entero rosa y blanco.

Nathalie hacía alusión al viaje en tren que la había llevado de Petrogrado a Volossovo. Dos días de viaje en el lujoso vagón privado de los Belgorodsky, en compañía de su madre, de sus cuatro hermanos y hermanas pequeños, de las institutrices y de las doncellas. Su padre, otros miembros de la familia y sus amigos llegarían aquel mismo día, a última hora. Los alojarían como pudieran, en las dependencias anexas o entre los vecinos.

En diversas ocasiones, Adichka y Nathalie se encontraron con hombres y mujeres que trabajaban desde siempre en Baïgora. Adichka consideraba su deber presentarles a su futura esposa. Sabía su nombre, su trabajo y su situación familiar. A veces añadía un comentario en voz baja: «Éste no sirve para nada. Una presa ideal para los bolcheviques»; «el marido y los dos hijos de ésa de ahí desaparecieron a finales del verano de 1915. No se sabe si están prisioneros en Alemania, como un millón de los nuestros... Lo más seguro es que estén muertos. Pobre mujer»; «ése de ahí es fiel entre los fieles. Sin su valor y su presencia de ánimo, no sé si habría podido reprimir las revueltas de 1905».

—Mis hermanitas me han dicho que tenías ciervas. ¿Dónde están? —le interrumpió Nathalie.

Adichka creyó que sus alusiones a la guerra y a los conflictos sociales molestaban a la joven. Se prometió evocar lo menos posible la dramática situación de Rusia; los miles de muertos, de prisioneros, de heridos. Casi todos los hombres estaban movilizadas y combatían en distintos frentes. Gracias a su matrimonio, Adichka volvería a ver a sus hermanos Igor y Micha; sus amigos, sus camaradas de estudios, sus primos. Jóvenes entre los dieciocho y los treinta años a los que la guerra iba a segar sus vidas. Jóvenes que aceptaban morir por la patria, pero que se dormían soñando con una Rusia pacífica. Algunas de sus cartas disimulaban mal su desesperación.

La mano de Nathalie se posó un instante en la de Adichka.

—Esa tristeza en tu rostro... ¿Te aburres conmigo? ¡Sí, es eso, te aburres!

Pareció inquietarse mucho de repente, hasta el punto de que Adichka pensó que estaba bromeando de nuevo. Pero se equivocaba, Nathalie era sincera.

—Soy yo quien tiene miedo de aburrirte, querida Natacha...

—Nathalie.

—... querida Nathalie... de ser para ti un marido demasiado viejo. Habrías debido elegir a uno de mis hermanos menores.

La inquietud ya estaba olvidada. Ella soltó una risa muy alegre y fresca.

—¿Micha? ¡Pero Micha está casado ya con Xénia! ¡Qué cosa más rara! Tú eres el mayor y, sin embargo, el último en casarte. Ahora me dirás que es porque me esperabas... No, no me digas nada, creo que ya lo adivino... Observas todo lo que pasa a tu alrededor y desconfías del matrimonio.

Ella bajó la voz mientras Adichka, desconcertado, esperaba que siguiese. Nathalie tomó entonces aires de conspiradora.

—He oído decir que Micha engaña a Xénia y que el matrimonio de tu hermano Igor con Catherine está en grave peligro. Pero no se oye ni un solo chisme de tu hermana Olga. ¿Es feliz con su Léonid? Han tenido cuatro niños pequeños muy seguidos... Pero eso no quiere decir nada, ¿verdad?

Ella hablaba rápido, animada, y él no pensaba en interrumpirla. Oírla evocar así la vida privada de sus hermanos y su hermana le chocaba. En casa de los Belgorodsky, como en la mayor parte de las familias, se tenía la costumbre de callar ciertas cosas. De las extravagancias de su hermano más joven había oído hablar, sí, pero se trataba de un exceso de juventud y de energía; además, Micha estaba profundamente unido a su esposa Xénia. El caso de Igor y Catherine le inquietaba más: había sido una especie de matrimonio forzado. Adichka, al ser el mayor, se sentía responsable de todo y de todos y eso quizá le pesaba.

Pero ahora estaba con Nathalie, cuyas frases ni siquiera escuchaba, tan sensible era al timbre de su voz, al perfume afrutado que se desprendía de sus espesos cabellos castaños, casi pelirrojos a la luz del sol. El amor que ella despertaba en él le transportaba. Tenía deseos de darle las gracias, de besarle las manos una y otra vez. «Tú eres lo más precioso que hay en el mundo», pensó. Sabía que le consagraría su vida entera.

Como si notase la fuerza de aquel amor, Nathalie cambió de tono. Su voz se volvió casi suplicante y le trajo a la memoria a la niña pequeña que había sido y que Adichka recordaba haber conocido en una fiesta infantil.

—No tendremos niños enseguida, ¿verdad? Yo he educado a mis cuatro hermanos y hermanas. Quiero unas largas vacaciones.

—Todo será como tú quieras.

Al abrigo de los abetos, en una pradera tapizada de muguete y de nomeolvides, se había construido un recinto. Una tras

otra, las ciervas salían de la sombra, gráciles y delicadas. Algunas, más familiarizadas, reconocían a Adichka y le rozaban con su hocico húmedo la mano que les tendía. Otras, más retiradas, les observaban con una mirada meditabunda.

U nos pesados mechones de cabello salpicaban el parquet y los sillones más cercanos. Uno había terminado su viaje en la chimenea, otro en la escalinata. Nathalie, temblorosa y tensa, se alzaba en medio del salón con un par de tijeras de costura en la mano. Los gritos de desolación de Xénia y Catherine, sus dos futuras cuñadas, la divirtieron un breve instante y después la exasperaron.

—Callaos —les dijo—. ¡Parecéis una manada de ocas salvajes!

La dulce Xénia obedeció al momento. Intentó recoger los mechones con los que luego no sabría qué hacer. Encinta de siete meses, se quedaba sin aliento enseguida y le costaba agacharse. La audacia de Nathalie la subyugaba. No entendía aquel gesto absurdo. No sabía siquiera si Nathalie estaba encolerizada, y por qué; si había previsto cortarse el cabello o si lo había improvisado.

Catherine reaccionó de otra manera. Aquella escena le parecía teatral, provocadora y de mal gusto. Al comportarse así, Nathalie rompía todas las conveniencias, el código de buena con-

ducta en vigor entre las jóvenes. Jamás ninguna de ellas había osado cortarse el pelo. Era algo violento y agresivo. Como si Nathalie la hubiese atacado directamente a ella, a Catherine, y a través de ella a todas las mujeres en general. Traicionaban su indignación unas manchas rojas que, cada vez más numerosas, invadían su rostro, su cuello y sus hombros. Esas manchas rojas eran su obsesión. Estaba convencida de que se burlaban de ella en cuanto volvía la espalda. Un día, Olga se permitió decirle: «Querida, ya puedes tener la cintura más fina y los ojos más bonitos y verdes de Petrogrado, que también eres además la más nerviosa. Empólvate si quieres ahorrarnos el desorden de tus emociones». Fue apenas un mes después de su matrimonio con Igor Belgorodsky. Habían pasado dos años desde entonces y Catherine siempre se había sentido una extraña en el seno de su familia política.

—¿Por qué has hecho eso, Natacha? —preguntaba Xénia con el tono tierno y quejumbroso que era habitual en ella.

—Nathalie.

—¡Nathalie! ¡Natacha! ¡Eres absurda, querida! —gritaba Catherine.

Las dos mujeres rodearon a la muchacha. Ésta se había colocado delante de la chimenea, ante el espejo veneciano, e intentaba dar forma a las cortas mechas. Su excitación acababa de pasar. Miraba con inquietud aquel rostro nuevo que no reconocía. Un rostro a la vez más grande y más delgado que no se parecía a nada ni a nadie. O quizás al de su hermano más pequeño, que tenía cuatro años.

—¡La has hecho buena, tu melena era lo más bonito que tenías! —insistía Catherine.

—¡Todas te lo envidiábamos! —añadía Xénia.

—¡Ah, no, no hay nada en ella que yo envidie! ¡Nada!

Las manchas rojas que se habían atenuado volvieron con fuerza.

La agitación de las dos mujeres contribuyó a calmar a Nathalie. Indiferente a su parloteo, se peinaba hacia atrás el pelo que le quedaba y se divertía adoptando aires y poses de chico.

—¡Bravo! ¡Bravo, querida!

La silueta de Olga se recortaba a contraluz en el vano de la puerta-ventana. Acababa de recoger en la escalinata de entrada un mechón de cabello. Un solo vistazo le había bastado para comprender lo que acababa de pasar.

Olga era una mujer muy guapa de veintiséis años, dotada de una autoridad natural que procedía de su infancia en Baïgora en compañía de sus tres hermanos. La misma educación intelectual y artística, la misma educación deportiva. «Aprendí a montar a caballo a la edad de dos años. Cinco años más tarde, ya cazaba con mis perros», le gustaba recordar.

Unos años más tarde, Olga había emprendido estudios de Medicina en Petrogrado, donde conoció al conde Léonid Voronsky y se casó con él. Nacieron cuatro hijos de esa unión. Pero desde el principio de la guerra con Alemania ella había reemprendido su trabajo de enfermera. Actualmente dirigía con mano sabia el hospital de Sorokinsk y el de su familia, construido en la hacienda de Baïgora.

—Esta cabellera que acabas de sacrificar era tu principal baza, querida.

—¡Justamente!

—Así que nos demuestras que puedes prescindir de ella. ¡Qué lección de independencia!

Olga se expresaba con la ironía propia de los Belgorodsky. Entre ellos era una tradición familiar ironizar a propósito de todo y de nada, una forma de armarse contra las dificultades de la vida, de no tomarse demasiado en serio y no compadecerse jamás de uno mismo.

Nathalie buscaba una réplica ácida que le permitiera cruzar

la espada con su futura cuñada. Se mordió los labios, despechada. Poder responderle, hacerle bajar los ojos, perder un poco de altura... Pronto Nathalie sería considerada la igual de Olga, pero por el momento no era más que la pequeña.

—El pelo le crecerá muy rápido —la defendió Xénia.

—No lo bastante rápido para la ceremonia del matrimonio.

Olga se acercó a Nathalie y la examinó con ojo crítico. Comentar la extravagante conducta de la joven no le interesaba, ella buscaba una solución.

—Aquí tenemos un precioso gorro de encaje antiguo. Bastará coserle unos velos. Y con las coronas, nadie encontrará nada que decir. Te quedará muy bien, querida. Muy «moderno», muy «francés»...

El ruido de una cabalgada llegó hasta el vestíbulo; una cabalgada primero lejana, luego más precisa. Se oyó el golpeteo de los cascos sobre la arena, y las risas felices de Adichka y Micha, su hermano más joven. Unos sirvientes corrieron a ocuparse de los caballos.

Feliz de poder escapar a los sarcasmos de Olga, Nathalie corrió a su encuentro.

Clamores de sorpresa saludaron su aparición. Los dos hermanos contemplaban a la joven con los cabellos sacrificados sin comprender si se trataba de una farsa, de un nuevo juego o de un accidente. Ella revoloteaba, sacudía la cabeza y fingía una despreocupación que estaba muy lejos de experimentar.

—¿Por qué has hecho eso, Nathalie? —protestaba Micha—. ¡Estabas tan bonita con tu pelo largo!

Por miedo de que Adichka, a su vez, le hiciera reproches, Nathalie le devolvió la pelota al instante:

—¡Una mujer bonita que se afea es una mujer bella!

Pero felizmente Xénia, con su grueso vientre por delante, trotaba ya en dirección a ellos.

—¡Micha, Micha, Micha! —exclamaba.

Micha la tomó entre sus brazos y la levantó del suelo.

—¡Mi mujercita, mi gorda y deliciosa mujercita!

Xénia seguía llevando en la mano un mechón de cabellos. Él se lo cogió y soltó un silbido de admiración. Después se guardó el mechón en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Lo pondré dentro de un medallón. —Y como temía que su hermano protestase—: Será mi amuleto cuando vuelva al frente. ¡Pero no te pongas celoso!

—No estoy celoso. Yo haré lo mismo. ¿Querrás, Nathalie? ¿Querrás velar por nosotros?

La joven no tenía ganas de pavonearse ni de provocar a nadie. Miró a los dos hermanos que esperaban su respuesta. ¡Cómo se parecían en aquel momento! Micha era rubio y Adichka moreno, pero los dos tenían los mismos ojos azules y rasgados, la misma elegancia. Ella les dedicó una sonrisa.

—Acepto velar por vosotros en forma de medallón.